

**Noviembre 22, 2002**

## **MIMESIS Y POLITICA: UNA RELACION VITAL**

**Por Agustín Saavedra Weise**

La imitación voluntaria (“mímesis”) es un elemento intrínseco a la vida social del ser humano. Desde el momento en que nacemos y como parte de nuestra adaptabilidad al medio ambiente y a las circunstancias, empezamos a imitar gestos, acciones y ademanes..

Toda esta pauta de asimilación de estilos y comportamientos se denomina “socialización”. Al decir de los antropólogos el hombre se “socializa”, se vuelve sociable en función de múltiples factores culturales, políticos y de otra naturaleza, los que ejercen sobre el individuo sutiles presiones por un lado o fuertes influencias por el otro, consolidando la mímesis.

Es así que con el fin de ser “normales” –por ejemplo– con respecto al patrón de comportamiento en una tribu primitiva, los niños aprenderán a respetar mitos, costumbres y tabúes. En un estado nacional moderno se respetarán los emblemas patrios, las ideologías prevalecientes, normas de autoridad usuales, etc.

Paralelamente a la socialización y realimentando el proceso, persiste la mímesis. Siguiendo con el ejemplo de la tribu, los niños imitarán en sus juegos a los guerreros, cazadores y a otros paradigmas de conducta; puede ser que realicen hasta parodias de reuniones del Consejo de Ancianos o de quien sea que los mande u oriente. Siendo adultos, continuarán consciente e inconscientemente esta imitación, en la medida en que los líderes de la tribu, en toda su gama, sean capaces de continuar generando pautas aceptables como ejemplos.

Todos sabemos que la política exige una maquinaria de coacción y un conjunto de hábitos de consentimiento. La probabilidad de imponer castigos y la obediencia voluntaria, forman una ecuación muy delicada en la vida política de los pueblos. Mientras mayor sea la aceptación, mayor será el grado de legitimidad de un régimen, ya que –por definición– la probabilidad de imponer sanciones será menor a medida que la gente obedezca y acate las pautas de comportamiento social y político de la comunidad. En este sentido, la mímesis es un elemento vital para la continuidad de las “normas establecidas”.

Como muy bien explica Karl Deutsh, al calcular las aptitudes políticas de un gobierno con frecuencia preguntamos: ¿Acepta la población mensajes y órdenes provenientes del gobierno? ¿Acata tales órdenes con escasa o ninguna supervisión y le presta apoyo activo por encima y más allá de la mera anuencia? A estos interrogantes, habría que añadir otra pregunta: ¿Son los gobernantes aceptados por los gobernados como modelos o grupos de referencia? Esta cuestión ha sido aplicada a la decadencia de los imperios por el historiador Arnold Toynbee, quien se preguntaba si la población imitaba voluntariamente las pautas de comportamiento señaladas o sugeridas por sus mandantes. Toynbee considera que la falla en la imitación ocurre mucho antes que la falla en la obediencia y resulta predictiva de esta última.

Según Toynbee, las civilizaciones en expansión se caracterizan por tener minorías gobernantes capaces de “hechizar” a las masas de la población para que las imiten. Con el fracaso de esta imitación voluntaria o mimesis, la “minoría creativa” se convierte en algo dominante y el hechizo es reemplazado por el temor o la indiferencia.. Para el historiador británico, este cambio representa un paso temprano –pero importante– en la decadencia interna de las civilizaciones y de los estados.

La disminución de la mimesis alimenta potenciales rebeldías y abre las puertas para grandes transformaciones sociales. Un elemento de la hora presente, para citar un caso, es la generalizada antipatía que se tiene por los políticos, algo que ciertamente resulta preocupante desde el punto de vista de la permanencia y perdurabilidad del modelo, pero que puede ser motor del paso hacia un modelo mejor, más democrático y representativo que el actualmente vigente.

La vinculación de la mimesis con la política resulta entonces obvia: vendría a ser, luego del proceso antropológico de socialización, un factor de “primer orden” para el consentimiento. En la medida en que haya una fuerte dosis de mimesis se verán reforzadas la obediencia voluntaria y la propia estabilidad del sistema, cuya base es la legitimidad. Debilitada la imitación voluntaria, se resquebraja el esquema del “orden establecido” y pueden surgir fisuras graves en la legitimidad del orden político, el que pasaría a ser cuestionado y puesto en jaque.

Los problemas de cohesión y desintegración, en la abundante literatura sobre el comportamiento de los sistemas políticos y sociales, tienen mucho que ver con este

concepto simple –pero esencial– de la mimesis o imitación voluntaria. Las grandes rebeliones y cambios que, de tanto en tanto, se producen en determinados sectores de la sociedad –o en las propias sociedades globales– están relacionados con esta capacidad (o incapacidad) de los jefes y gobernantes para mantener su “imagen” y proyectarla como pauta aceptable de conducta susceptible de ser copiada por sus seguidores.

-----0000-----